



LA HISTORIA DE AMÉRICA, FUENTE DEL ANTIGUO TEATRO ESPAÑOL

En la *Biblioteca de Autores Españoles* de Rivadeneyra se dió cabida á dos piezas dramáticas basadas en la historia de nuestra nación: los *Hechos de don García Hurtado de Mendoza*, de los nueve ingenios acaudillados por Luis de Belmonte, y *Los españoles en Chile*, de González de Bustos. En mi *Biblioteca hispano-chilena* inserté el *Arauco domado* de Lope de Vega, y sin estas tres, quedaban por completar la vulgarización de las que pudieran interesar á los chilenos *El Gobernador prudente* de Gaspar de Avila y *La Belligera española* de don Pedro de Rejaule; tal ha sido mi propósito al copiarlas de los libros rarísimos en que aparecieron, agregando á ellas *La Araucana* del mismo Lope, no ha mucho impresa en la edición de sus *Obras* hecha por la Real Academia, y procurando ilustrarlas con algunas notas histórico-críticas que he pensado serían oportunas. Queda por descubrir el manuscrito de los *Hechos de Juan Gómez*, que todo induce á creer se re-

fieran al mismo soldado cuyo testimonio invocó Ercilla en aprobación de la verdad histórica de su poema y que tanto en él se celebra, que alguno más afortunado que yo es de desear logre ver andando el tiempo, para dejar así completo, en lo antiguo, el caudal de las comedias histórico-chilenas.

Y para explicar la existencia de semejantes piezas y cómo se produjeron, las he hecho preceder también de un ligero estudio más general acerca de la historia de América como fuente del Teatro antiguo español, que va en seguida.



PRÓLOGO

Mis propósitos al hacer la presente publicación.—Cómo fué que la historia de América llegó á ser fuente del Teatro antiguo español.—Clasificación de las piezas á que dió origen.—Las relaciones históricas, los poemas y los romances que trataron de las Indias.—Las comedias escritas en América.

Con el descubrimiento del Nuevo Mundo, los españoles hallaron en él, como lo notaba Calderón de la Barca en una de sus comedias,

aves, peces, fieras, troncos,
montes, mares, riscos, selvas;

el cielo mismo y las estrellas les ofrecían espectáculos nuevos; hombres de razas desconocidas hasta entonces, que hablaban idiomas que les eran propios, con usos, costumbres, modo de vivir y creencias extrañas; sistemas de gobierno peculiares, especialmente notables en México y el Perú, imperios que regían monarcas de un poder tan absoluto y, á la vez, en parte tan paternal, como no era posible imaginar

más; y, por sobre todo eso, se produjo para ellos el proceso de la conquista y descubrimiento de tan vastas regiones, que hizo se presentaran á la admiración de futuras generaciones hombres que los realizaron con cortísimos medios y sólo merced á un valor indomable y á una constancia que fué capaz de contrarrestar á la propia naturaleza y á sus enemigos. Hazañas fueron ésas que llegan á parecer increíbles y que enriquecieron el campo intelectual, diré, así como su trabajo y el de los indios encomendados que explotaban los veneros de la tierra recién hallada, les produjeron tesoros materiales en cantidad mayores que los que pudieron imaginar. La lista de héroes de la antigüedad que les ofrecían modelos para sus lucubraciones dramáticas, Alejandro, Leonidas, Darío, David, Salomón, y en tiempos posteriores, Carlomagno y sus doce Pares, San Luis; y de su propia patria, San Fernando, el Cid, don Alvaro de Luna, Carlos V, se acreció bien pronto así con los nombres de Colón, Cortés, Pizarro, Francisco de Orellana, etc., y dentro de las razas vencidas, los de Motezuma, Atahualpa, y más que todos, los de los indígenas que presentaba á la admiración del mundo como heroicos defensores de su patria don Alonso de Ercilla en su *Araucana*. Hubo también, claro está, personajes españoles de segundo orden, que por circunstancias especiales y,—cosa digna de notarse,—todos relacionados con la historia de Chile, como fueron, don García Hurtado de Mendoza, Juan Gómez de Almagro, la Monja Alférez, el mismo don Alonso de Ercilla, que lograron, como los descubridores y conquistadores de los primeros tiempos, ser sacados también á las tablas. Y en una esfera especialísima, enteramente peculiar de la época en que esos dramáticos escribieron y de las creencias del pueblo español, los santos y venerables que la América produjo, ya más adelante, cuando al estruendo de las armas de la conquista sucedió la tranquilidad de los claustros de la época propiamente colonial.

Tales fueron los elementos que la historia de América brindó á la inventiva de los dramáticos al tomar como punto de

partida hechos ciertos, que hubieron de alterar, a veces, en gran parte y de la manera más estafalaria para el desarrollo de sus piezas ó para llegar al desenlace que buscaban, y que, para más claridad, dividiré en cuatro grandes grupos, que se ofrecen desde el primer momento como armónicos:

I.—Los descubridores y conquistadores;

II.—Personajes de un orden inferior, pero notables bajo ciertos respectos;

III.—Los santos americanos y hechos milagrosos que se decían verificados en este continente; y

IV.—Sucesos varios.

Bien entendido que bajo la expresión de Teatro antiguo español he de comprender con especialidad el siglo XVII, que marca el más alto de producción dramática en el orden que me propongo estudiar; y las muy contadas piezas, que ya con mejores rumbos, se escribieron durante el XVIII. Todavía, en el XIX habían de salir a las tablas personajes americanos, alguno de ellos de figuración altamente dramática, hasta entonces olvidados, como, por ejemplo, Vasco Núñez de Balboa, y el propio don Alonso de Ercilla, que aun hasta el día de hoy ocupa la pluma de escritores españoles y chilenos.

El proceso de cómo se impusieron esas figuras a la atención de los escritores dramáticos es fácil señalarlo. Desde el virreinato de Nueva España hasta «la remota Chile» hubo poetas que cantaron en sus versos las hazañas de los conquistadores y de los vencidos pero no menos heroicos indígenas, primero que todos, los de Chile, consagrados a la inmortalidad por el soldado, y, más que soldado, poeta, don Alonso de Ercilla, cuyos pasos siguieron Pedro de Oña y otros que dejaron obras que no llegaron en su tiempo a ver la luz pública, y que no cuentan, por tanto, en el proceso que indico; Gabriel Lasso de la Vega escribe su *Cortés valeroso*; Guzman, su *Peregrino Indiano*, y Gaspar de Villagra su *Conquista de la Nueva México*; andando los años, se publica la *Hernandia*, que trata de Hernando Cortés; y siguiendo hacia el sur del Continente, Juan de Castellanos entrega a los mol-

des sus *Varones ilustres de Indias*, dejando en manuscrito varias partes del vasto caudal histórico que se propuso relatar; del Perú, escribe Juan de Miramontes las *Armas Antárticas*, destinadas hasta ahora á permanecer en sus borradores, y don Pedro de Peralta, ya muy adelante el siglo XVIII, su *Lima fundada*; de la Argentina, finalmente, el arcediano don Martín del Barco Centenera su *Conquista del Río de la Plata*, que ha logrado la rara suerte, inmerecida por cierto, de contar con cuatro ediciones.

Y sin tales obras poéticas, de las cuales, es verdad, si exceptuamos las dos chilenas que apunto, las demás no llegaron ó pudieron suministrar datos á los dramaturgos, éstos contaron para beber sus inspiraciones con las crónicas generales de la conquista ó con obras especiales que á su tiempo y lugar indicaré.

De tales fuentes, y por no decir casi exclusivamente de *La Araucana*, nacieron primeramente los romances en los que se contaban hazañas de indígenas u otros hechos, que no es éste el momento de analizar, romances todos anónimos y casi en su totalidad obra de los grandes ingenios españoles del siglo XVII, excepción hecha del que don Alonso Enriquez de Guzmán, antes que nadie, compuso á la muerte de su grande amigo Diego de Almagro; alguno que nació en México, y la *Relación de la tragedia de Atabaliba*, que refiere en dos partes el jesuita Manuel Rodríguez en su *Marañón y Amazonas* y que recordaba ya don Andrés González de Barcia en sus Adiciones á la obra bibliográfica de Antonio de León Pinelo.

Así comenzaron por pasar del campo histórico al meramente literario los personajes americanos, y de él, en seguida, cuando estaban ya encarnados en el ánimo del pueblo, al dramático en España; que en la propia América, si exceptuamos algún corto ensayo realizado en México, apenas si pueden citarse las dos comedias del clérigo Miguel Cabello de Balboa, que menciona la poetisa anónima autora de una epístola que se halla en el *Parnaso Antártico* de Diego Mexía:

La entrada de los Mojos milagrosa,
La comedia del Cuzco y Vasquirana;

alguna escrita y representada en las fiestas a que daba lugar la proclamación de los monarcas españoles en estas sus remotas colonias, de que nos ha quedado también sólo la noticia; y por lo que respecta especialmente a Chile, aquella de *El Hércules chileno*, «obra de dos regnicolas», según afirmaba don Pedro de Córdoba y Figueroa, representada en Concepción en 1693 para festejar la llegada del presidente Marín de Poveda y su casamiento con doña Juana Urdanegui, noble dama, que había hecho el viaje de Lima en busca de su novio; y aquella otra, escrita en Lima, cuyo héroe fué don Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán y el tema sus amores durante su cautiverio entre los araucanos con la hija de un cacique, y que después, andando el tiempo, cautiva ella a su vez, vino a poder del capitán español, quien la tomó a su servicio y la hizo cristiana: «comedia en que el autor, refería el propio héroe, representó estos amores muy a lo poético, estrechando los afectos a lo que las obras no se desmandaron.»

Previas estas sumarias indicaciones, es tiempo de que entremos á ver la producción dramática española, representada por los más grandes ingenios que la ilustraron, como fueron, Cervantes, Lope de Vega, Calderón, Moreto, Ruiz de Alarcón y otros, aunque menos conspicuos, harto aplaudidos en su tiempo, en el primero de los cuatro grupos á que me he referido.



I

DESCUBRIDORES Y CONQUISTADORES

Cristóbal Colón llevado á las tablas por Lope de Vega.—Análisis del argumento de esta comedia.—Sus líneas generales responden á la verdad de los hechos.—Traducciones que de ella se han hecho.—Otra pieza sobre el mismo tema escrita por don Luciano Francisco Comella.—Alguna noticia biográfica sobre este desgraciado dramaturgo.—Otras piezas teatrales basadas en los hechos del descubridor del Nuevo Mundo (nota).—Abundante literatura dramática acerca de Hernán Cortés.—La comedia de Lope que de él trata parece perdida.—Menos se sabe aún de la que escribió cierto poeta de apellido Cordero.—Nada puedo decir de la de don Fernando de Zárate.—*El valeroso español* de Gaspar de Avila.—Extracto de su argumento.—Don José de Cañizares y su comedia *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez*.—Diferencias capitales que se observan en una y otra pieza.—Don Fermín del Rey, autor de *Hernán Cortés en Tabasco*.—Falsedades históricas que envuelve.—Tirso de Molina y su trilogía basada en la historia de la familia de los Pizarros.—La primera de las piezas que la componen tiene por argumento las proezas de Francisco Pizarro en su mocedad.—Es obra de la fantasía del poeta.—La segunda está destinada á hacer la apología y defensa de Gonzalo Pizarro.—La tercera trata de los hechos de Fernando Pizarro.—Algunas palabras acerca de la verdad histórica que encierra la obra del padre mercedario.

El primero en la serie de los descubridores ya se sabe que tiene que ser Cristóbal Colón. ¡Y Colón llevado á la escena

por Lope de Vega! ¡Qué dos nombres! ¡Qué alianza singular de dos genios, ambos insuperables en su esfera!

Intituló su pieza el Fénix de los Ingenios el *Nuevo Mundo descubierto por Cristóbal Colón*, y tomando para ella por fuente, sin duda alguna, la *Historia de las Indias* de López de Gómara y ajustándose de cerca á sus dictados, comienza por presentarnos al inmortal genovés en la corte de Portugal en demanda de que el monarca le auxilie con los elementos necesarios para emprender la gran jornada que medita; refiérelle en la audiencia que le concede su nacimiento y profesión, y que allá en la isla de Madera, donde residía, supo de boca de un piloto que hospedó en su casa, que derrotado por una tormenta que le arrastró muy lejos, vió con propios ojos

Nuevo cielo y tierras varias,
Tales, que nunca los hombres
Pensaron imaginarlas.

que así se lo declaró al tiempo de expirar, en pago del hospedaje que le había dado. Trátalo el rey de iluso y en vista de su negativa, acuerda que Bartolomé Celón, su hermano, vaya á Inglaterra a proponer la empresa á Enrique VII, que siempre había sido cosmógrafo experto, mientras él por su parte se dirigía á Castilla á intento de hablar a los Duques de Medinaçeli y Medina Sidonia, persuadido de que los Reyes se hallaban por entonces tan ocupados en la guerra de Granada, que no les había de ser posible pensar por entonces en otras empresas.

Allí, en efecto, habla de sus proyectos a los Duques, que se burlan de ellos, y hasta sus pajes le motejan; para alternar desde ese punto las escenas en que se va preparando la rendición de los moros, con la de la vuelta de Bartolomé de Inglaterra, desahuciado también por el monarca, y otra en que figura el piloto Pinzón, que es el único que asiente á la posibilidad de la existencia de un mundo desconocido, acon-

sejándole que se dirija al rey don Fernando. Refiérole Colón que ya lo ha hecho,

Pero, en fin ha respondido
Que anda en la guerra ocupado
Que con Granada ha tenido,
Y que, cual veis, me ha dejado
Más pobre que entretenido;

si bien el contador Alonso de Quintanilla ha tomado mejor la cosa, ha hablado al Rey y le ha mandado que se acerque al cardenal Mendoza.

Hasta aquí, *plus minusve*, todo marcha ajustado á la historia, cuyo campo abandona en seguida el autor para hacer entrar en escena, conforme al gusto de la época, á la personificación de la Providencia, la Religión, la Idolatría y al Demonio mismo, que se explayan conforme á sus tendencias, dando desde luego lugar á la nota religiosa que es la dominante de la pieza, hasta llegar á la noticia de la toma de Granada y á la aceptación que, después de ella, hace don Fernando, secundado por la Reina, del proyecto de Colón, ordenando a su contador que obtenga el dinero necesario de Luis de Santángel, su escribano de raciones; con cuya decisión le anuncia Colón que se dirigirá a Palos para armar allí las naves con que ha de emprender su navegación en busca de las ignoradas tierras que ha prometido hallar.

La primera parte del acto segundo se desarrolla á bordo. Viendo que los días se pasaban sin descubrir tierra alguna, Arana, Terrazas y hasta el mismo Pinzón, tratan á Colón de embustero y ambicioso y resuelven echarlo al mar, sin hallar otro defensor que fray Buil; de lo cual desisten por el momento á instancias de Bartolomé y del propio Colón, que sólo les pide tres días de plazo para poder cumplir lo por él ofrecido. Dejando en suspenso el resultado de tal promesa, se ve aparecer á varios indios, que cantan al són de tamborcillos y panderos en celebración del casamiento de Dulcanquellín con

Tacuana, á tiempo que llega otro indio á avisar la llegada de las naves de los españoles, cuya presencia se anuncia á la vez por las voces de ¡tierra, tierra! y las descargas de los cañones, y que no tardan en salir á la escena, entre ellos, fray Buil cargando una gran cruz verde, que Colón ordena se plante allí al punto para adorarla todos á una. Entra en seguida una india á quien Colón regala espejos y cascabeles y que va á contarle á sus compatriotas su entrevista con los recién llegados. Juntanse luego indígenas y españoles y después de averiguar el nombre de aquella tierra y de saber que hay otras cercanas y de que no escasea por esos sitios el oro, Colón resuelve dar la vuelta á España, dejando en su lugar á su hermano. Ciérrase el acto con la siguiente exclamación *que* hace:

¡Cielos! Hoy fundo
La fe en otro mundo nuevo,
España, este mundo os llevo:
¡Nuevo Mundo!

La jornada tercera gira casi por entero en torno de los preparativos para la celebración de la primera misa que ha de verse en el nuevo mundo, alternando los amoríos de Arana y Terrazas con sendas indias y del enojo consiguiente de Dulcanquellín al saber que una de ellas es su mujer; sin que falte de parte de su burlador una larga tirada, muy oportuna en tales circunstancias, en la que le expone el credo católico, que el indio halla «muy largo y intrincado y muy difícil»; y que, advertido por el Demonio del engaño que es víctima, resuelve matar á los españoles, como en efecto lo ejecuta con los más de ellos; pero al tratar de arrancar la cruz, símbolo religioso de los intrusos, resulta ¡cosa estupenda! que el tronco que la forma reverdece y va creciendo, de donde el indio infiere que es sin duda verdadera la religión cristiana. Y después de esto, sin transición alguna, se nos presenta al Rey Católico y á doña Isabel su esposa, que se preparan á recibir á Colón, que va á hacer su entrada en Barcelona de vuelta de

su viaje de descubrimiento, seguido de seis indios medio desnudos y pintados y de dos pajes que llevan en un plato barras de oro, y halcones y papagayos; prémiale el Rey haciéndole duque de Veragua y almirante de la mar y concediéndole un escudo de armas con la leyenda:

Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón;

el oro, que el monarca ofrece á su consorte, es dedicado por ella para la fábrica de una custodia para la Iglesia de Toledo, disponiendo, á la vez, que los indios, que ella y su marido han de apadrinar, sean luego bautizados; para concluir don Fernando diciendo:

Hoy queda gloriosa España
De aquesta heroica victoria,
Siendo de Cristo la gloria
Y de un genovés la hazaña.
Y de otro mundo segundo
Castilla y León se alaba.

Que Lope quiso ajustarse en las líneas generales de su pieza á la verdad de los hechos resulta evidente, como se habrá notado, y él mismo lo declara así con el último verso de su comedia, que llamó en él «la historia del Nuevo Mundo»; y así pasa en efecto, exceptuando, sí, el anacronismo que envuelve el hacer figurar en el primer viaje de Colón á fray Buil, que, en el hecho, vino á ser en el segundo; pero necesitaba de un personaje eclesiástico cuyo nombre sonara y hubo de echar mano de él para llenar en forma el propósito, en verdad más religioso que histórico, que anima la pieza.

Escrita, probablemente, antes de 1604, sólo vino á publicarse diez años más tarde en la Parte Cuarta de las comedias de Lope, y sería difícil encontrar en la historia literaria alguna que haya merecido de la crítica juicios más contradic-

torios, pues al paso que de su mérito pueden dar testimonio las traducciones que de ella se han hecho al alemán, francés é italiano y aun en nuestros días una al holandés, pluma tan autorizada como la de don Leandro Moratín la calificaba de «una de las comedias más disparatadas de Lope». Y como siempre sucede en casos tales, sin ser acreedora á tan acre censura, ciertamente de ningún modo lo es al aplauso desmedido que otros, como Damas-Hinard, le tributan. Y baste con esto, que el lector hallará discutido y resuelto el punto y cuanto a la pieza atañe en el orden histórico y literario, de manera magistral, como todo lo suyo, en el prólogo que Menéndez y Pelayo puso al frente del tomo XI de las *Obras* de Lope, para llegar con él, en último resultado, á que el argumento de la pieza es uno de aquellos en que «la sublime realidad histórica oprime y anonada la invención poética» (1).

Pues, á pesar de la incomparable grandiosidad del asunto y de haber sido tratado por el primero de los dramáticos de la nación, no faltó un literato de tercer orden y pésimo autor dramático, que se apoderara del tema, extremando en él su falta de arte y de condiciones de poeta, y lo sacara nuevamente a las tablas con el ampuloso título, ampuloso en su brevedad, de *Cristóbal Colón*, allá á mediados del siglo XVIII, no con tan poco éxito, sin embargo, que su obra no alcanzase muy luego una segunda edición (2).

Ese «infando» autor, como le calificó Menéndez y Pelayo, se llamó don Luciano Francisco Comella (1716-1779), que escri-

(1) *El Nuevo Mundo* había sido vulgarizado por Ochoa, que le dió cabida en el tomo II de su *Tesoro del Teatro Español*, París, 1867, advirtiéndole que le había incluido en él «como una muestra del *non plus ultra* de la osadía dramática. Verdaderamente no se puede desbarrar más. Pero obsérvese cómo en medio de tal cúmulo de desatinos, tiene Lope el arte de interesar con su disparatada acción, y cómo nunca se deja de reconocer en él un gran talento dramático».

(2) Tal es la que tengo á la vista, que no lleva indicación de lugar ni fecha, pero que es, indudablemente, de Madrid, y por lo que puede colegirse del tipo de la letra de imprenta, de la segunda mitad de aquel siglo.

bió más de cien dramas, sacando y desfigurando argumentos del teatro inglés y del francés y del de Lope y Calderón, no sin grandes éxitos de circunstancia, y célebre en la historia literaria por su violenta enemistad con don Leandro Fernández de Moratín.

Pasa la escena en Sevilla y el argumento todo versa sobre la causa formada á Colón por Francisco de Bobadilla; como personajes, figuran los reyes don Fernando y doña Isabel, aquél prevenido contra el gran descubridor por las intrigas, pasiones é intereses de Gonzalo Gómez y Alonso Vallejo, aunados con Bobadilla; y del bando opuesto, en primer término, la Reina, que, más por instinto propio y por la gloria de su nombre y de la protección que siempre dispensó á Colón, se inclina á su favor, resistiéndose en todo momento á dar crédito á las acusaciones que se le hacen; Diego Méndez, capitán, amigo de Colón y de su familia, personaje que resultaría más simpático de lo que aparece, si no fuera que ha querido concedérsele en la pieza todos los caracteres del gracioso y que, por tal causa, resulta, á veces, chocarrero; doña Felipa Moñiz, la mujer del descubridor, que se la presenta sumida en la miseria, sabedora de lo cual, la Reina le obsequia una valiosa sortija por intermedio de Méndez.

Llegan muy luego las naves de Indias, y en ellas dos indios, Colón aherrojado, y su proceso, del cual aparecen plenamente comprobados los delitos de que se le inculpa, que el Rey lee y dice así:

«Delitos que el Almirante
ha cometido en las Indias.
Primeramente, ha enviado
como esclavos á Castilla,
á más de trescientos indios,
contra la orden que tenía
de sus Reyes, que previenen
disfruten prerrogativas
de vasallos cuantos indios

á su obediencia se rindan.»
¡Habrá mayor atentado!
«Después de esto, por malicia,
y por venganza, hizo ahorcar
con la más grande ignominia
  ciento y treinta españoles,
que apoyarle no querían
sus delitos». ¡Que los Cielos
consintiesen tal perfidia!
«Además de tratar mal
  la gente que traía
consigo, no la pagaba
para ahorrar sumas crecidas.»
¡Pobre gente! «En su gobierno
ni al rapto, ni   la rapiña,
ni á otras mil atrocidades
se ha visto pena prescrita.»
Me horrorizo de leer
perversidad tan indigna.
«También con pena de muerte
castigaba al que decía,
donde había descubierta
de oro ó plata alguna mina;
manifestando en aquesto
que tenía ocultas miras
en conservarlas; y algunos
han depuesto por oídas
que pensaba hacerse dueño
absoluto de las Indias.»

A instancias de la Reina, envía don Fernando al sótano en que Colón ha sido llevado   Gómez y   Mendo Zorrilla, hombres de la confianza de aquélla, para que le reciban sus descargos, pero se niega   darlos   otro que no sean los monarcas. Mientras tanto, Gómez y Vallejo, temerosos de que se descubran sus tramas, proceden   interrogar   su modo   los

indios, y para que se compruebe que es falsa la aseveración de la miseria en que la familia de Colón se halla, hacen introducir furtivamente en el subterráneo de su casa las barras de oro que ha traído la flota y conducen allí al Rey en persona para que las vea por sus ojos. Con tales medios creen ya logrados sus propósitos y los ven aún reforzados por haberse descubierto que doña Felipa había mandado vender un valiosísimo anillo, que la justicia ha detenido; pero, como es fácil sospecharlo, intriga tan baladí es bien pronto descubierta: obtiene Colón el que los Reyes le oigan y con sus descargos y las deposiciones de los mismos indios que antes declararon en su contra, se produce la absolución de Colón y el castigo de los palaciegos culpables, que salen al final con grillos y son condenados, junto con Bobadilla, en prisión perpetua (1).

Más abundante fué la literatura dramática que se produjo alrededor de la persona de Hernando Cortés, y esto, por motivos fáciles de comprender. Era, ante todo, español, sus ac-

(1) Además de estas piezas que en lo antiguo tomaron por tema al descubridor del Nuevo Mundo, en España podemos contar el *Cristóbal Colón* de don Juan de Dios de la Rada y Delgado, representada en Madrid en 1863; *La última hora de Colón*, de don Víctor Balaguer, cuadro dramático en catalán, de 1868, y uno lírico dramático de don José Campo Arana, música de don Antonio Llanos, (1879) que más de una vez se ha representado en Santiago, y otros de menor importancia y algunos de ellos muy disparatado, como *Colón y el Judío Errante* de don Eugenio Sánchez de Fuentes.

En francés tenemos la *Découverte du Nouveau Monde*, tragedia lírica en tres actos muy cortos, de Rousseau, escrita en 1740 y nunca representada; *Christophe Colomb*, de Nepomuceno Lemercier, representada en 1809, con tal fracaso, que se armó en el teatro una verdadera batalla campal en que hubo contusos en cantidad y hasta un muerto; *Colomb dans le fers*, del dominico P. Lhermite, de buena versificación, que tiene por asunto, como ya su título lo indica, la prisión de Colón por Bobadilla, pero en gran parte inexacto bajo el punto de vista histórico.

En la literatura inglesa existe *The Columbus*, que Moratín vió represen-

ciones de un orden más humano, si puedo así decir, como que va mucho trecho de un navegante descubridor á un conquistador, del empleo del saber, aunado á la constancia, al uso de la espada, claro está; brillantes en ocasiones, con rasgos de grandeza y valerosa decisión, apenas imaginables; su campaña en México revestía todos los caracteres de un cuento de hadas, y él y sus descendientes, que todos pudieron conocer en su patria, merced á sus liberalidades, se conquistaron amigos; la misma desgracia en que cayó, después de sus portentosas hazañas, todo contribuía así á hacerle altamente simpático y a encarnar en él un personaje netamente nacional, casi con los perfiles de la leyenda, y del cual se apoderaron bien pronto los poetas para cantarle en versos heroicos, sin contar, todavía, con que desde muy á los principios tuvo la suerte de hallar en López de Gómara—fuente que había de ser para todos los dramaturgos,—historiador que las refiriera con elegancia y concisión, después que él mismo, con estilo que no pudiera sospecharse en un guerrero, se encargó de divulgarlas por el mundo en sus *Cartas de relación* á Carlos V.

La fecunda pluma de Lope encontró también ocupación en las hazañas de Cortés para llevarlas al teatro en una comedia que intituló el *Marqués del Valle*, y, acaso, en otra, *Conquista de Cortés*, que como dos obras diversas ha catalo-

tar en Londres en 1790, y de cuyo argumento se burlaba donosamente, por más que hubiese sido una de las piezas más aplaudidas de su tiempo en aquella capital.

Dos dramas sobre el tema de Colón se citan en alemán, una de Federico Rückert, de 1845, y otra de Alejandro Dekekind, escrita esta última con ocasión del cuarto centenario del descubrimiento de América (1892); y, como era de esperarlo, dada la patria del gran genovés, en Italia es donde abunda, sobre todo en las tablas, la figura del descubridor, comenzando por el melodrama lírico de Pradelini, *Colombo ovvero l'India scoperta*, que es de 1691; el *Colombo*, de Félix Romani, música de Morlachi, que se dió por primera vez en Génova en 1828, y muchos otros ensayos, más ó menos de ningún valor, cuya enumeración podrá verse en el prólogo citado de Menéndez Pelayo.

gado Barrera y Leirado, diciendo de esta última que se hallaba en manuscrito, y limitándose á enunciar la otra, sin detalle alguno; pero, ya fuesen una ó dos, parece que se han perdido para la posteridad, pues no se han incluido en la monumental colección de sus *Obras*, ya citada. Menos se sabe aún, si tal cosa cabe decir, de la de un poeta apellidado Cordero (no consta siquiera su nombre) que escribió con el título *Cortés triunfante en Tlascala*; y por mi parte siento confesar que no puedo dar más de la noticia de la *Conquista de México* de Fernando de Zárate, escritor dramático fecundo y de cuya vida casi nada se sabe hasta ahora, que salió incorporada en la Parte treinta de las *Comedias nuevas y escogidas de los mejores Ingenios de España*, impresa en Madrid en 1668, libro muy raro, en el que se halla también *El valeroso Español y primero de su Casa*, de Gaspar de Avila, que conocemos todos merced á haberse reimpresso en la Biblioteca de Rivadeneyra, y de la que en seguida voy a tratar, dejando las noticias biográficas que de él se tienen para ponerlas al frente de la reimpresión de *El Gobernador prudente*.

Algún indicio del argumento de la pieza se desprende ya del título que lleva, que no es otro que la historia del casamiento de Cortés, mezclada con la relación de sus hazañas y del rigor con que fué tratado por Carlos V. Véase como se desarrolla.

Vivían en Sanlúcar doña Juana de Zúñiga, hija del Conde de Aguilar, en compañía de su abuelo el Duque de Béjar, que acaba de ser llamado a la Corte, donde se dice que doña Juana será nombrada dama de la Emperatriz y recibirá, probablemente, estado. Resiste el viaje la joven, que ama aquellos sitios y no gusta de galanes palaciegos, á quienes antepone á los hijos de Marte. Para dilatar por lo menos su idea, pre-texta que tiene que cumplir la manda que ha hecho de rezar una novena á la Virgen de Bonanza, que se venera en ese lugar, allí cercano; accede a ello su abuelo, y mientras se halla entregada a sus devociones, llega Cortés desde las Indias, que va á ofrendar á aquella imagen 40 barras de plata.

Admiran todos el marcial continente del recién venido, que desde el primer momento se capta también las simpatías de doña Juana, que se propone conquistarlo. A ese intento, comienza por hacerle pedir por conducto de Montejo, uno de sus soldados que le acompaña, su retrato, que por sus influencias creen obtener para mostrarlos en sus patrias dos capitanes extranjeros que allí habían ido también en peregrinación obséquiaselo Cortés y ella lo guarda para sí; pídele en la primera ocasión que le ve á la joven india que ha conducido de México, y ya resuelta en seguir su propósito, le ofrece, en cambio, que acepte para su servicio un criado de su confianza, que ha de tenerla al tanto de las acciones de Cortés y convertirse luego en el gracioso de la comedia, siempre en dimes y diretes con Montejo, incapaz de soportar sus burlas. En este punto las cosas, recibe el Duque orden del Emperador de que sin demora se traslade á la corte, y doña Juana, que antes repugnaba el viaje, deja ahora pendiente la novena al saber que Cortés ha de emprenderlo también.

Hasta aquí la primera jornada. La segunda pasa en palacio, donde es cosa de todos sabida que el Emperador ha mandado que no le vea Cortés hasta que él lo permita. El príncipe don Felipe, cuyas buenas partes para el gobierno pondera á Carlos V Ruy Gómez de Silva, su privado, solicita de su padre que reciba al conquistador de México, ó que le haga la merced

De decirme en qué ha podido
Errar el que ha reducido
Un mundo, si á tu presencia
Viene ya con la obediencia
De un nuevo mundo adquirido.

Consiente en ello el monarca y asiste á la audiencia, además del príncipe, su hermana la Infanta, doña Juana, el Duque de Béjar y otros nobles, y allí hace Cortés relación sumaria de su nacimiento, su educación, su viaje á las Indias

y de sus conquistas en México, y después de oírle, el Emperador se limita á decirle «bien está», convocando en seguida á consejo, sin consentir que asista á él Cortés, como se lo pide don Felipe, con gran admiración de los magnates y profundo sentimiento de doña Juana. Pretende Cortés, con todo, hablar al Emperador, pero el portero lo rechaza, diciéndole que se está ya en consejo.

Después de escenas de interés secundario para la marcha de la comedia, las tendencias de los protagonistas se van acentuando; Cortés traga en silencio el disfavor que sobre él se cierne, para pintar así su situación de ánimo á la conclusión de un monólogo:

Mi encogida confusión
Procura saber el cargo,
Para cuidar del descargo
Y dar la satisfacción:
Y como está el corazón
Seguro que no ha ofendido,
Al pensamiento afligido,
Que no hay, dice por disculpa,
Mayor descargo en la culpa
Que no haberla cometido.

Su situación se hace, sin embargo, más llevadera para Cortés después que en la escena siguiente con doña Juana le asegura compartir con él sus cuidados y recelos, declaración á que contesta, diciendo:

El hallar
Consuelo, señora, en vos
Arguye contrariedad
Al quejarme, y perdonad,
Porque en cualquier rigor
Me olvida vuestro favor
De mi propia adversidad:

Y cuando me juzga aquí
Sin culpa, y veo admitida
En vos el alma que os di,
Incapaz juzgo mi vida
De poder quejarme así.

Y respóndele doña Juana:

Deciros quisiera ahora
Mi fe, mi amor, mi lealtad,
Mi restuelta voluntad;
Pero, pues ya no se ignora,
Yo lo reservo, señor,
Para otra ocasión mejor
Que me depare la suerte.
Vuestra soy hasta la muerte;
Adios.

Del consejo ha salido resuelta la expedición á Argel, y después de anunciarlo así el Emperador á Ruy Gómez para que busque el dinero que falta, interrogado directamente sobre la causa de su desvío hacia Cortés, se la declara así:

Apenas Cortés llegó
Cuando luego se me dió
Un memorial, que dispone
Culpas tuyas, y le pone
Capítulos; y aunque yo
No creo que un hombre tal
Pudiera ser desigual
A su lealtad, mejor es
Que espere el premio Cortés
Que no premiarle yo mal;

advirtiéndole que a fin de juzgar de la capacidad para el mando del que ha de sucederle en el trono, le ha delegado la resolución que ha de dar en los negocios de Cortés. Pero, desde

ese mismo punto, suspende don Felipe su juicio, proponiéndose, por su parte, examinar el proceso, para disponer por primera providencia que Cortés vaya preso,—determinación que éste acepta contento,—y que Ruy Gómez le vaya haciendo relación de los capítulos que contiene la causa, que en efecto va leyéndolos y el Príncipe comentándoles. A ese tiempo llegan emisarios del Rey de Francia, portadores del obsequio de ciertas pinturas que representan los nueve de la Fama, y uno más, que resulta ser el de Cortés; con cuya vista, don Felipe, al notar que en el extranjero se le dispensa tal honor, manifiesta avergonzarse de que le esté procesando y ordena á Gómez que vaya en busca de Cortés y le traiga ante su presencia, para que allí, delante de los que le acusaron, oiga su sentencia. Cortés, mientras tanto, ve en sueños aparecersele en su calabozo á la América, montada en un codrilo dorado, para mostrarle su próximo enlace con doña Juana de Zúñiga y la próspera suerte que correrá á sus descendientes, que va apuntando uno por uno, cuya relación concluye á tiempo que el emisario Fieal va á sacarle de su prisión para conducirlo á presencia del Emperador, del Príncipe y de los nobles, ante quienes se descubre una cortina que muestra á Cortés al lado de los nueve de la Fama; á ese mismo tiempo, Gómez de Silva anuncia al Emperador que han llegado las naves de Indias trayendo seis millones, que servirán para la conquista que proyecta; concédele al punto á Cortés el título de marqués del Valle y le otorga la mano de doña Juana, del todo satisfecho de la prueba de cordura y acierto en el gobierno de que ha dado prueba su hijo al fallar como lo hizo la causa del conquistador de México.

Posterior casi en un siglo á la comedia de Avila es la que escribió don José de Cañizares con el título de *El pleito de Hernán Cortés con Pánfilo de Narváez*, cuyas ediciones no aparecen mencionadas por los bibliógrafos, sin que pueda decirse, por causa de tal vacío, cuándo saliera a luz la primera. La que yo poseo lleva el pie de imprenta de Valencia y la fe-

cha de 1762, cuando ya su autor era fallecido hacía más de quince años.

Cañizares había nacido en Madrid en 1676, dando muestras desde muy niño de sus aventajadas disposiciones para el teatro, pues el cronista de los hijos de aquella ciudad asegura haber oído que cuando apenas contaba 14 años escribió una apreciable refundición de la comedia de Lope llamada *Las cuentas del Gran Capitán*; hubo de abrazar, sin embargo, la carrera militar, de la que se retiró con el grado de teniente de caballos corazas, para ser nombrado, en 1702, censor de las comedias que se representaban en los teatros de la corte, cargo que desempeñó durante cerca de medio siglo y el cual abandonó llamado por el Duque de Osuna para colocarle en la contaduría de su casa.

Muchas fueron las comedias que salieron de su pluma y no menos de siete las que han merecido el honor de que se las colocase en la *Biblioteca* de Rivadeneyra, entre las cuales no se cuenta la de que vamos á dar noticia.

Su lectura deja el convencimiento de que Cañizares conoció la pieza de Avila y que en parte quiso imitarla, tomando siempre por base la mala acogida hecha á Cortés por el monarca, que en ella, á la inversa de la otra, procede por entero de Felipe II, á la vez que Carlos V se muestra desde el primer momento convencido de la lealtad del vencedor de Moctezuma y su más decidido protector; agregando, eso sí, nuevos elementos que complican el nudo y hacen más aparatoso su desarrollo y el desenlace y atropellando para lograr ese efecto, sin empacho alguno, tiempos y lugares, subordinado siempre todo al hecho sobre el cual giran los sucesos, cual es, la acusación que Pánfilo de Narváez entabla en la corte contra su émulo.

En la jornada primera, Carlos V, acompañado de su hijo el príncipe don Felipe, acaba de hacer su entrada en Toledo, cuando se anuncia que llega allí Cortés de las Indias; recíbele en el acto y le pide que haga relación de sus hechos, como lo verifica en efecto en una larga tirada, cual hemos visto que

pasa en la comedia de Avila; á cuya conclusión, le premia con el título de marqués del Valle, le señala un escudo de armas y le nombra capitán general de la Nueva España, a la vez que el Príncipe le elige por su caballerizo mayor y comendador con hábito de Santiago. A ese mismo punto, se presenta doña Juana de Zúñiga y Aguilar, de luto, en busca del Emperador, quien le oye apenas para decirle que haga relación á Cortés de lo que pretende, como señal primera de la privanza que le concede; Cortés se manifiesta absorto ante la hermosura de la dama y ordena á uno de sus capitanes que la siga para averiguar su domicilio, cosa que á su turno dispone don Felipe, flechado también de tal belleza, pasión ó capricho, que el autor inventa para explicar en parte, según parece, la ojeriza que el futuro monarca ha de cobrar al conquistador de México.

Arriba, asimismo, en esos momentos Pánfilo de Narváez, de camino, mostrando la falta de uno de sus ojos, que viene á acusar á Cortés de tan feos delitos, dice, que el de traidor no es el menor de ellos. Pronto aparece de nuevo el Emperador, que sorprende á su hijo en el instante en que estrechaba la mano á doña Juana (quien por equivocación había entrado á su despacho) y hace que se la tome de nuevo para que la reciba Cortés, á quien se la ha concedido. Niégase el Príncipe, después de eso, á seguir como los demás en el acompañamiento de los novios y á tiempo que Narváez se ve allí malamente despedido del Emperador, ofrécele de su parte que le oirá benigno; con lo cual se da fin al acto primero.

Han pasado quince años. A Cortés le ha nacido su hijo Martín, vivo trasunto suyo en su audacia y valor, pero se halla ya viejo y pobre por haber perdido cuanto tenía en la jornada de Argel, y todavía con el pleito de Narváez pendiente. Aprobada ya la acusación contra él, don Felipe ordena que sea preso, sin atender a las observaciones del Arzobispo de Toledo, que siempre se había manifestado á su favor; motéjale aún de traidor, levantando en Cortés, cuando tal oye, sus altiveces y haciéndole juntamente prorrumpir en

llanto. Llega á ese tiempo Carlos V vencedor de los luteranos de Alemania, que ordena la libertad del preso y se ofrece á servirle de fiador en su causa. La sombra de la Muerte, que se le ha aparecido, lo decide á abandonar el cetro para retirarse al monasterio de Yuste a preparar su jornada para la otra vida, reiterando á Cortés, antes de abandonar la corte, que cuente siempre con él para lo que le ocurra en sus negocios, á pesar de que al despedirse de su hijo le encomienda á Cortés y le aconseja que le honre y le quiera. Y no pasa mucho tiempo sin que le llegue de su parte un emisario á Cortés, diciéndole que acuda á él,

pues de cuanto le propongan
se ha apartado, y sólo á vos
su amparo y vida otorga,

le repite el enviado Real. Allí va á visitarle Cortés, que no puede reconocerle en un principio, pero que luego, postrado á sus pies, recibe de su mano un billetico, para que «en viendo de mala data el cuento», se lo entregase al Rey. Regresa de allí

rota el alma, herido el pecho
de un santo exemplar, que avisa
que gloria mundana es viento.

Durante su ausencia se ha concertado un duelo singular entre su hijo el rapazuelo Martín y Narváez, á quien en más de una ocasión ha retado aún en presencia de Felipe II, y que éste se niega á autorizar en cumplimiento de una pragmática de su padre que lo prohíbe. Ha mandado publicar por su parte que va á la jornada de Aragón; Cortés, que lo sabe, pretende que le oiga, y como sólo obtuviera una negativa y el que le llamara necio, le ase de una liga y le detiene, sin que por ello se irrite con gran asombro de los cortesanos, que ya daban por descontado el castigo de tal atrevimiento: todo á causa de estar ya instruído de que se ha descubierto por la

inesperada prisión del secretario de Narváez, que en ella ha confesado que era falso cuanto se le achacaba á Cortés, como así lo declara luego desde el trono en estos términos:

REY.—Yo lo diré: que no tuvo
rey, en cuanto el orbe ciñe,
mejor vasallo que vos;
que estáis ya dado por libre
de la nota que Narváez
os puso, siendo sus fines
(según se vió en los papeles
y la confesión, que hice
tomar á su secretario)
destruir el más insigne
campeón que tuvo España;
y él, porque no le castigue,
huyendo va, y por no oír
lo que esa salva publique,

que no es otra que la de

¡Viva, Viva Hernán Cortés;
muera los que le persiguen!

y cuando el monarca, después de eso, le pregunta qué más quiere, contesta Cortés que se lea el billete del Emperador, que pone en sus manos y que él pasa á las del Arzobispo, oído el cual, el Rey le abraza llamándole

Héctor nuevo, invicto Aquiles,
Virrey de la Nueva España.

En medio de tales anacronismos y absurdas invenciones, ya se comprende que apenas si las líneas generales de la pieza, en cuanto á Cortés se refieren, (que lo demás es pura aberración), recuerdan remotamente la verdad histórica.

Con el propósito de ajustarse á ella y llevando esa vez el teatro de la acción al mismo México, escribió don Fermín del Rey su *Hernán Cortés en Tabasco*, drama heroico é histórico como le llamó, en tres actos, representado que fué en Madrid en 1790, é impreso allí en ese mismo año.

Acaba de librarse la batalla en que Cortés ha derrotado á los indios de Tabasco, cuyo cacique, para aplacarle, le ofrece su sumisión acompañada de costosos presentes, entre ellos diez doncellas de las más hermosas de su tierra, de las que el caudillo español sólo retiene una llamada Teler. Los jefes del ejército de Motezuma, acampados allí cerca, que conocen la derrota sufrida por sus compatriotas, merced al valor, las armas y caballos de los invasores, resuelven presentarse en el real de Cortés en són de paz para tratar de asesinarle, á cuya empresa se ofrecen Altimocín y Teutile. En el campo español, Cortés, secundado por sus capitanes Sandoval, Alvarado y Olid, dispone lo conveniente para la batalla que se propone dar al día siguiente á las tropas de Motezuma. Teler le ofrece para su defensa un escaupil tejido por ella, que el español acepta gustoso al verla, cayendo al mismo punto en las redes de amor, para declarárselo así y pedirle que vaya á verle á su tienda. Un tanto avergonzado de semejante pasión en tales circunstancias, trata de cohonestarla ante la idea de que esa mujer, que por la historia de su vida que le ha referido demuestra que sabe varios de los idiomas indígenas que se hablan en aquellos países, pueda serle de utilidad en el curso de sus futuras campañas. Es posible también que logre reducirla á que abandone el culto de sus falsas deidades y se convierta á la fe cristiana. Y desde este punto, por la relación que la indígena le ha hecho de su anterior cautiverio y peregrinaciones como cautiva de diversos caciques, ya se deja ver que el autor quiso pintar en ella á doña Marina, como así resulta en efecto al final de la pieza.

Preséntanse luego en el campo español los fingidos emisarios de paz; acógeles benignamente Cortés; se informan de la tienda en que se aloja, que esa noche está iluminada y no vigilan los

centinelas en espera de la visita de Teler, y cuando todo está ya envuelto en el silencio de la noche, salen Altimocín y Teu-tille en busca de Cortés, pero por sus palabras son descubiertos por la india antes de que llegén á él; aprésanla entonces, y viendo así desbaratados sus planes, huyen con ella, a cuyas voces sale Cortés; se pone en alarma el campo y descubierta luego la fuga de los indígenas, que Cortés no sabe á qué atribuir, exclama:

Ah! cielos en tal desdicha
mi propio furor me mate.
¿Teler no parece, y ellos
también se ocultan cobardes?
Sin duda para venderme
dispusieron congregarse.
También ella es mexicana
y al encontrar sus parciales
dispuso su fuga Pero
¿por qué procuró avisarme
con sus voces, si esto fuese?
No; de un rapto tan infame
es víctima involuntaria,
para este exceso execrable
la embaxada pretestaron.

Sorprendidos los capitanes españoles ante semejantes muestras de sentimiento de su jefe, declárales que la ama y que todo se aliste para que al venir la aurora del siguiente día se procure recobrar á fuerza de armas la prenda que ha perdido. Y con esto concluye la primera jornada.

Como se ve, hasta aquí anda malamente en la pieza de Rey el calificativo de histórica que le atribuye, pues si exceptuamos la indicación de los nombres de los capitanes españoles y la disfrazada figura de doña Marina, los sucesos reales no aparecen en parte alguna.

En la jornada segunda se nos presenta el templo azteca con su dios Viztiliputzli, su cabeza adornada con plumas en forma de pájaro, con una culebra y saetas en una y otra mano; al pie del altar, multitud de indios esclavos, con los ojos vendados, destinados a ser sacrificados por dos sacerdotes, uno de ellos Quetlabac, vestidos de ropas talaras y también con penachos de plumas. Allí es conducida Teler por sus apresadores, que refieren cómo y por qué la llevan, al paso que ella cuenta que en esos días se enteraban trece años que duraba su esclavitud; al oír lo cual, Quetlabac cae en cuenta de que es su hija que perdió en el fragor de una batalla; ordena que se le quiten sus ligaduras y sea eximida del sacrificio, pero el otro sacerdote se opone y va ya á descargar sobre ella el cuchillo, cuando se oyen descargas de arcabucería y toques de clarines que anuncian que los españoles penetran al templo, á cuya vista huyen los indios despavoridos, para recobrar allí Cortés a su amada, con quien se entrega, ya fuera de allí, a expansiones amorosas, mientras afuera sigue el combate entre españoles y mexicanos, que Cortés se ve precisado á dirigir en persona. En medio de la refriega, Teler es reconocida por Altimocín, que resulta ser su hermano, á tiempo de recibir éste en sus brazos el cuerpo ya casi inanimado de Quetlabac, que cae herido y despenado; su hijo se dirige á depositarlo por el momento en una gruta vecina, dejando allí á Teler, á quien encuentra en ese momento Teutile, que incitado por la hermosura de la que ha sido su prisionera, se la lleva robada.

Y la historia, á todo esto, ¿dondé está? se preguntará. *Et sic de coeteris*, me toca añadir, en las escenas, á cual más absurdas, que se siguen, hasta recobrar de nuevo Cortés á la india, para conducirla á la pila bautismal y casarse en seguida con ella.

Y con esto hemos concluído con Hernán Cortés. Diré ahora de las comedias que han tratado de las personas de los conquistadores del Perú; esto es, de los Pizarros, y al entrar á su

vención pueda llevarse más lejos y el autor explayarse a sus anchas en el campo de la fantasía.

Vivían en Trujillo Francisco Cabezas, viudo, y con él sus dos hijas, Margarita y Beatriz, en amores, aquélla con don Alvaro Durán y ésta con Pizarro, que en los suyos había conseguido la posesión de su amada en las circunstancias que por boca de ella misma ha de saberse más adelante. Don Alvaro sorprende á Margarita en la lectura de una carta de Pizarro escrita á Beatriz, y por sus términos se imagina que ha sido burlado, creyendo que á ella le estaba dirigida. A ese mismo tiempo llega Pizarro de visita á la casa y refiere á Cabezas la vida que ha llevado. Estudiante primeramente en Salamanca, tuvo que abandonar sus aulas por causa de una pendencia, promovida de oposiciones á cátedras en las que se disputaban el triunfo Vizcaya y Extremadura, pendencia en la que hubo tres muertos, uno de ellos célebre estudiante, hijo del secretario que más privaba con Enrique IV. Condenado en rebeldía á que se le cortase la cabeza, deja las aulas y se alista en la milicia; en Valladolid se agrega á los que seguían la causa del Rey, hasta pelear en la batalla de Olmedo y por su comportamiento en ella salir galardonado con la bandera de alférez. Terminada así la guerra civil, volvía á su patria Trujillo, después de gastar seis años en las escuelas y uno y medio en la campaña, si bien Cabezas le advierte que hacía un año á que en ocasión anterior le había visto allí.

Despídese con esto, ya de noche; á la salida se encuentra con don Alvaro, con quien, después de un breve diálogo en que se cruzan invectivas á propósito de la carta, riñe y le hiere malamente; huye de allí sin ser descubierto, y Cabezas recoge el cuerpo del herido y le hace trasportar en un coche al lugar de la Zarza, de su propiedad, no lejano, a casa de unos pastores suyos para despistar cualquier sospecha á que pudiera ser causa aquella pendencia ocurrida á las puertas de su casa; todavía de noche, se le presenta una mujer cubierta, que le ruega busque entre las encinas del bosque un niño recién nacido, al que halla en efecto y recoge en circunstancias que le

daba de mamar una cabra, y que resulta ser el hijo de Pizarro y de Beatriz, á quien encarga que le sirva de madre. El niño es bautizado con el nombre de Francisco.

Han trascurrido doce años; el niño al crecer ha dado en todo momento muestras de arrojo; de Pizarro nada se ha sabido; don Martín, primo de don Alvaro, ya casado con Margarita, ha pedido la mano de Beatriz, y al verse forzada por su nuevo estado á abandonar el techo paterno y á Francisquillo se aflige y llora. En esos momentos llega por fin Pizarro, y al presentarse ante ellos el niño, su madre le dice:

Conocelde, que os importa
más de lo que vos pensáis,
que de él, Francisco, heredáis
larga injuria y dicha corta;
que aunque de poco provecho
no hallaréis (cáuseos espanto)
hombre á quien le debáis tanto,
ni que más daño os haya hecho.

Palabras enigmáticas que hacen cavilar al rapazuelo y que por ellas se avanza hasta preguntarse si será su padre aquel hombre. En circunstancias que ambos departen, llaman á lección á Francisquillo, hasta entonces tan reacio á las letras, que en dos años no ha podido ó querido aprender siquiera á leer, y mal humorado en ese momento, responde á las amenazas del maestro hiriéndole con una daga; escápase á casa de los pastores; allí tiene luego una pendencia con otros muchachos, á tiempo que se presenta Hernán Cortés, que pretende apaciguarlo y quitarle la bola materia del pleito; niegase el niño á entregársela y forcejando los dos, quédase cada uno de ellos con la mitad; intervención por nada justificada y del todo inverosímil, pero evidente alusión, como se deja entender, á que ambos han de dividirse también la conquista del Nuevo Mundo, conclusión á que el niño arriba en un monólogo al decir:

Un globo, bola ó esfera
es la insignia en que sucinta
su figura el mundo pinta;
en su mano la venera
el César: ¿será quimera
el creer que la mitad
del mundo, felicidad
á mi esfuerzo prometió?
Esta bola se partió
por medio: alma, adivinad.
Aquel mancebo se lleva
la una parte y me ha dejado
con la otra nuevo cuidado
y en él esperanza nueva.

Y este es el punto, que el autor aprovecha, sin nada que lo prepare, para que doña Beatriz refiera al niño la historia de sus amores y su propio nacimiento, relación de la que conviene al propósito de la historia copiar los siguientes párrafos:
Gonzalo

Solicitó á doña Juana
de Añasco (de quien es primo,
y de quien sobrina soy,
bien que por grados distintos)
á que pidiese á mi padre
que al celebrar un bautismo
de quien madrina la hicieron,
gozase ratos festivos.
Concedióle, fuí á su casa
y en ella escondió al peligro
para asaltar inocencias
el interés persuasivo.
Halléme sola con él,
resistiéndose al principio

respetos de honor honestos;
pero venciéronse tibios
á hechiceras diligencias
y á juramentos fallidos
de honestar con yugo santo
amorosos descaminos.
Creíle, (que no debiera),
y rendí a este engaño antiguo
prendas que por confiables
lloran después desperdicios.

.....
Caséme, y volvió tu padre
cuando te imposibilitó
á legitimar su fama:
mira si con razón digo
que á don Gonzalo le debes
más que á otro hombre, siendo su hijo,
y si hay á quien debes menos,
pues pudiendo, no ha querido
darte el blasón que te falta,
que yo a segundo dominio
sujeta, es fuerza olvidarte,
si en tanto amor cabe olvido.
Padre tienes generoso;
tu abuelo, por mal sufrido
y travieso, te aborrece;
acostumbrado á peligros
estás, no sabrás temerlos;
de portentosos principios
naciste, sigue su estrella,
y si los consejos míos
apruebas, pues que tu padre
fué tan severo contigo,
herédale en las hazañas,
serás hijo de tí mismo.

En la tercera jornada aparece en escena un Pagador del Rey, que relata en larga tirada los sucesos recientes de la historia de España y anuncia que su llegada a Trujillo es para procurar vengar á su hermano, aquel estudiante que Pizarro mató en Salamanca, á cuyo intento se vale de un capitán ya sin ocupación por causa de haber cesado la guerra con Portugal, á quien ofrece mil escudos porque le mate, después de haber sabido de su boca qué era de Pizarro entonces:

El capitán don Gonzalo
Pizarro asiste en Trujillo.
Alcaide es de su castillo,
las armas son su regalo;
mas como este reino goza
de paz, amor más que humano
quiere que le dé la mano
doña Beatriz de Mendoza
y en ella el logro mayor
que el dios desnudo reparte,
que lo que no premia Marte,
toma por su cuenta amor.
En fin, se casa con ella
y esta noche son las bodas;
júntanse las damas todas
trujillanas, y es tan bella
la novia, que se recrea
Amor de verse español,
y la que en ausencia es sol
parece a su lado fea.
Descuidado de enemigos
y todo festivo está;
si pena el agravio os da,
la noche ofrece castigos;
aprovechadlos ahora
y vengad á vuestro hermano.

Acude Pizarro al sitio de la celada que se le tiende, á tiempo que llega también allí Francisquillo, que al oír el nombre de su padre acomete a los asesinos, pero la pistola del capitán no da fuego y en la pendencia que se sigue luego el niño mata al Pagador; huyen los dos restantes sus secuaces y como Gonzalo quisiera lanzarse tras ellos, le detiene, diciéndole que tiene que hablar con él, produciéndose la escena en la que Gonzalo reconoce en el niño a su hijo, diciéndole:

Hijo á quien el alma adora,
cesen enojos, que llora -
de contento el alma.

PIZARRO. Está
con vos desposada ya
esotra Beatriz?

GONZALO. No ha una hora
que por dueño la admití,
pues teniéndole tu madre
ya su esperanza perdí.

PIZARRO. Pues, padre, no sois mi padre;
teneos allá;

y continuando luego como en profecía lo que ocurriría á él y sus hermanos, le añade:

Tendréis hijos que posean
el título que no aguardo,
y menores que yo sean,
porque me llamen bastardo
cuando su hermano me vean.
¡Ah, cielos! y quién pudiera
dispensar obligaciones,
y la mayor no os tuviera
porque á vuestras sinrazones
fin con mis desdichas diera.
Juntó amor en un sujeto

dos contrarios sin ser sabio.
¡triste de mí! que en efecto
si intento vengar mi agravio,
pierdo á mi padre el respeto!
Extrañas contradicciones
mezclándose me persiguen;
posibles persecuciones
que á un mismo tiempo me obliguen
agravios y obligaciones.
¡Vive Dios! que no ha de verme
más la luz de aqueste mundo,
ni España en él conocerme,
mientras que en otro segundo
de vos pudiera esconderme.
Ya hay quién ofrece á Fernando
de otro orbe el descubrimiento,
que en mi esperanza criando
mejore mi nacimiento,
mi suerte legitimando.
Yo, ingrato padre, á pesar
de vuestro poco cuidado,
tanta agua pienso pasar
que en ella mi honor manchado
pueda mi esfuerzo lavar.
Yo malogré mis años,
y huyendo vuestros engaños,
vencedor de un nuevo mundo,
lince del polo segundo
pasaré climas extraños.
Yo, si llegare á tener
hermanos, con más valor
que ellos he de pretender
que me veneren señor
llegándome á obedecer.
Suplirá la fortaleza,
faltas de naturaleza.

y de vos desobligado
seré (por mi reengendrado)
el fénix de mi nobleza.

Concluye la pieza con la presentación de Francisco ante la Reina, que ha ido á visitar aquellos pueblos, postrándose ante sus pies, en unión de su padre, para contestar á la acusación formulada contra ambos de haber dado muerte al Pagador, y son sentenciados á que queden en calidad de presos entre sus monteros de Espinosa, anunciándoles que el Rey se dirige á la conquista de Granada y que allí se verá si por su comportamiento se hacen dignos de los cargos con que los premia; aplaude Gonzalo tal decisión y Francisco da remate á la escena y á la comedia, diciéndole á su turno:

Si otro Orbe Colón descubre
en vuestras manos (1) hermosas
os hago pleito homenaje
de no volver á las costas
de España mientras nõ os diere
más oro y plata, más joyas
que cuando dueño del mundo
triunfó de sus partes Roma.
Cumplid, Hernando Cortés,
presagios con que os pregonan
los cielos por igual mío;
haced vuestra fama heroica,
que si parece imposible
á la envidia que proponga
locuras en la apariencia
y de escucharlas se asombra.
en la comedia segunda
saldrá la verdad piadosa.

(1) Leo *manos* donde el texto trae *minas*, pues el yerro es manifiesto.

que donde hay valor y dicha,
todo es dar en una cosa.

Preñada de promesas para la relación de las hazañas futuras de Francisco Pizarro se hallaba así la pieza en que se contaban sus primeros años. Tirso, al par que cumplió con escribir esa segunda parte que anunciaba,—constituyendo con ello excepción que nos recuerda lo que en casos análogos hicieron Ercilla y Cervantes,—que intituló *Amazonas en las Indias*, apenas si se acuerda de aquel héroe de su comedia en alusiones más ó menos remotas y concretas, para sacar á la escena á Gonzalo Pizarro, ¿quién lo creyera? alternando, como ya el nombre de la pieza lo significa, con aquellas mujeres que

sin admitir varones
forman del sexo frágil escuadrones;

observando que con ello, que

Aquí naturaleza
el orden ha alterado
que por el orbe todo ha conservado

y rindiendo parias desde ese mismo punto al absurdo que semejante argumento de por sí implicaba. Sin embargo, las dos que figuran, Menalipe y Martesia, vienen sólo á ser el *deus ex machina*, para intervenir cuando conviene á los propósitos del autor, y en el fondo trata de enaltecer á su nuevo héroe y librarlo de la nota de traidor al Rey con que fué estigmatizado: empresa harto difícil por cierto, pero á la que Tirso puso el hombro con toda decisión, y si no lo logró, supo por lo menos poner de manifiesto en los recursos de que se valió extraordinario ingenio, asociado de un lenguaje y versificación excelentes.

(Continuará).
